Historia de Carlo-Magno

Madrid

[1894?]

Reel: 41 Title: 6

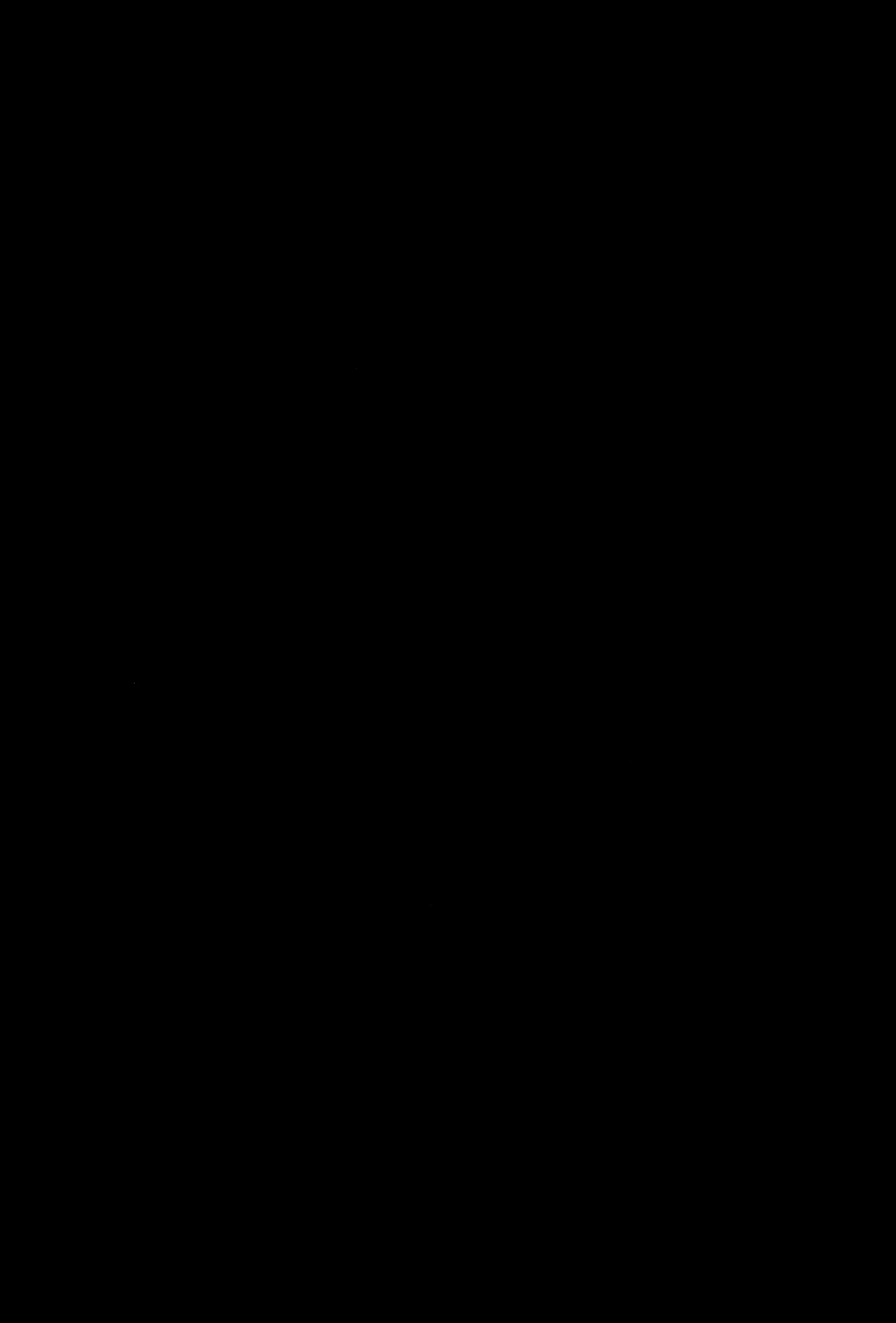
BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00041.06

Title : Historia de Carlo-Magno y de los doce pares de Francia : en ella se refieren las grandes proezas y hazañas de estos muy nobles y esforzados caballeros.
Imprint : Madrid : Hernando, [1894?]
Format : 31 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia verdadera de Carlo-Magno y los doce pares de Francia.
Note : Title vignette.
Subject : Charlemagne, Emperor, 742-814.
Subject : Chapbooks, Spanish. Subject : France History To 987.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9/20/94
Camera Operator: AR



(CUATRO PLIEGOS)



HISTORIA
DE
CARLO-MAGNO
Y DE
LOS DOCE PARES DE FRANCIA

En ella se refieren las grandes proezas y hazañas de estos muy nobles y esforzados caballeros.

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.

HISTORIA VERDADERA

DE

CARLO-MAGNO

Y LOS DOCE PARES DE FRANCIA.

PRIMERA PARTE.

Se dá cuenta del muy sangriento combate que tuvo el valeroso Oliveros con el esforzado Fierabrás de Alejandría.

Suenen cajas y clarines
y sonoros instrumentos,
en acordes consonancias
por los espacios del tiempo,
para dar claras noticias
del caso más estupendo,
la más reñida batalla
y los más recios encuentros
que ha habido á espada y lanza,
mano á mano, cuerpo á cuerpo.
Ya es sabido que en Turquía,
en nuestros pasados tiempos
el almirante Balán,
señor de todos sus reinos,
tenia un disforme hijo,
ajigantado en su cuerpo,
que con nueve pies de alto
era una torre de huesos,
y por su grande valor
este nombre le pusieron:
Fierabrás de Alejandría,
el que á nadie tuvo miedo.
Apenas tuvo veinte años,
cuando osado y soberbio
su ejército aprestó,
é invadió el romano imperio,
poniéndole sitio á Roma
con muy briosos esfuerzos.
Al fin venció la batalla,
haciendo muchos escesos;
al papa le aprisionó
y á otros muchos caballeros,
saqueando las iglesias
y destruyendo los templos,
halló las santas reliquias
donde fué el Señor envuelto,
y á su tierra las llevó;
cuando en este mismo tiempo,
en esa córte de Francia
habia criado el Cielo
un Cárlo-Magno, que fué
azote de los protervos;
dió el Señor doce hombres
ra su acompañamiento.

llamados los doce Pares,
de mucho valor y esfuerzo
y viendo la crueldad
de aquel musulman soberbio,
para defender la Fé
á las armas acudieron;
se comenzó la campaña
con tanto valor y esfuerzo,
que pronto los doce Pares
del campo se hicieron dueños
acuchillando turbantes,
cotas y mallas de acero.
Pero viendo el almirante
que iba á perder su reino,
mandó retirar su jente
con precaucion y recelo,
y á su hijo Fierabrás
le llamó á sí, diciendo:
Bien sabes, hijo animoso,
que estos doce caballeros
que vienen con Cárlo-Magno
son hombres de mucho arresto,
me han matado cien mil hombres
y mis mejores guerreros;
por el profeta de Alhá
les hago hoy juramento,
que he de tomar la demanda
y me he de vengar de ellos.
Fierabrás dijo: Señor,
eso queda de mi empeño;
dadme licencia, iré al campo
donde tiene su real puesto,
y los llamaré á campaña
por ver si puede mi esfuerzo
uno á uno ó dos á dos,
darles fin á todos ellos.
Se armó presto Fierabrás,
y trajo consigo luego
doce mil hombres de á pié,
dejándolos encubiertos;
con esto se entró en la real
en altas voces diciendo:
adónde está Carlo-Magno?
que hoy un solo caballero
viene á pedirle campaña;
envíame aquí á Oliveros
ó al valeroso Roldan,
que hoy hasta seis espero,
y les sostendré batalla
hasta que dé fin con ellos.
Viendo que nadie salia,
determinado y soberbio
se arrimó al pié de un árbol,
donde se sentó al momento;
y sentado como estaba
decía con gritos fieros:
Cárlo-Magno, ya has perdido
tu fama y honor á un tiempo
que antes habias ganado;
pues que á un solo caballero
que está pidiendo campaña,
no le dais el cumplimiento.
Cuando Cárlo-Magno oyó
del turco aquestos ecos,
á Ricarte de Normandía
le preguntó así diciendo:
quién es este hombre audaz
tan desatinado y ciego
que nos está desafiando
á cuantos hay en mi reino?
Ricarte dijo: señor,
ese osado caballero,
es hijo del almirante,
y agigantado en su cuerpo;
el que sometió á Roma,
con notable atrevimiento,
robó las santas reliquias
que por tanto nos dolemos.
Mandó llamar á Roldan,
estas palabras diciendo:
sobrino, hoy es el dia,
que á tí te toca el empeño,
de salir á la demanda
de eseenemigo fiero;
y Roldan dijo: señor,
ni yo ni mis compañeros

no hemos de salir ninguno,
porque bien sabeis por cierto,
cuando la escena pasada
que aquellos recios encuentros,
me dijiste con firmeza:
los ancianos caballeros
hoy han ganado la fama
y á estos toca primero
el salir á la demanda;
así Carlo-Magno oyendo
la respuesta de Roldan,
una manopla de hierro
que tenia, le arrojó
con tanto furor é imperio,
le hirió con ella en la cara;
y Roldan al mismo tiempo
metió mano á la espada;
y consiguiera su intento
de echarse sobre su tio,
si los otros caballeros
no se pusieran delante;
mas se contuvo sintiendo
la mala accion que hizo
faltando así al respeto;
viendo esto Cárlo-Magno
se empezó á armar al momento
para ir á la batalla;
pero el buen conde Oliveros
aunque sin curar la herida
que recibió en otro encuentro,
cuando supo la cuestion,
llamó á Guarin su escudero,
diciendo que le trajese
toda su armadura presto.
Así que se vió armado
saltó de la cama al suelo,
estirándose los brazos
y manejando los miembros
por ver si firmes estaban,
y para más prueba de ello
saltó desde gran altura
con tanto brio y denuedo,
que dejó á todos pasmados:
pero al caer en el suelo
se le abrieron las heridas,
y aunque la sangre vertiendo,
mandó traer el caballo;
así que le vió dispuesto,
sin poner mano en la silla,
de un brinco montó ligero,
fué do estaba Cárlo-Magno
estas palabras diciendo:
muy poderoso señor,
hoy llega este caballero
Pidiéndoos por merced
le otorgueis su pedimento;
y Cárlo-Magno responde:
pide, que te lo concedo.
Entonces dijo: señor,
hoy vuestra licencia espero
para ir á la campaña.
—Eso no te lo concedo,
porque si bueno estuvieras
no me daria recelo
Galalón que está presente,
con sus dañados intentos,
le replicó: gran señor,
no es de nobles caballeros
el negar esta demanda,
sino afirmarse en ello;
y Carlo-Magno responde
con el rostro algo severo:
tú tienes malas entrañas,
pero al fin saldrá Oliveros,
y mira que si fenece
darás satisfaccion de ello.
Le concedió la licencia
y se despidió él ligero:
se salió al campo gustoso
y dando algunos rodeos,
llegó donde el turco estaba
estas palabras diciendo:
pagano, puedes alzarte,
mira que yo solo vengo
á mantener en batalla
todo cuanto estás diciendo,

y que no serán tus obras,
conforme tienes tus fueros,
que con la ayuda de Dios,
dentro de muy poco tiempo
te he de llevar maniatado
á mi señor y mi dueño.
Levantando la cabeza
vió á un hombre tan pequeño
y tan sin pelo de barba,
que traia tanto arresto;
—vé, y dile á Cárlo-Magno
que tengo por menosprecio
de emplear en tí mis armas;
que eres muy niño y pequeño
Oliveros ofendido
le respondió así diciendo:
si en levantarte te tardas,
como valiente te hiero;
le amenazó con la lanza,
y Fierabrás á este tiempo
se puso en pie vigilante
estas palabras diciendo:
si he de pelear contigo
dime tu nombre primero,
tu calidad y nobleza,
que si no eres caballero,
aunque te venza en batalla
poco galardon espero.
Le replicó luego al punto:
dime tu estado primero;
y te diré el mio al instante;
—Sabrás que por nombre llevo
Fierabrás de Alejandría,
el que á nadie tuvo miedo.
—Pues yo me llamo Guarin,
y soy nuevo caballero
la primera vez armado,
y solo por eso vengo
á ganar honor y fama
con la victoria que espero.
Fierabrás le dice: amigo,
engañado estás en eso,
porque si yo no tuviera
piedad de tí, ya ha tiempo
te hubiera dado muerte
como á un débil cordero.
Vé, y dile á Carlo-Magno
que me envie aquí á Oliveros,
ó al valiente Roldan,
que deseo conocerlos.
Oliveros dice: amigo,
juzgo que me tienes miedo
segun la prosa que gastas
y dejas pasar el tiempo;
yo de ninguna manera
me voy ya de aqueste puesto
sin que te hagas cristiano,
ó te lleve prisionoro.
—Guarin, tú eres porfiado,
y pues no tiene remedio
apercíbete á las armas:
siempre me hallarás dispuesto.
Se pusieron los escudos
y se apretaron los yelmos;
alzó Fierabrás la lanza,
y está con ella blandiendo
se retira uno de otro,
y á la señal que se hicieron
arrancaron los caballos,
y fué tan recio el encuentro
de los dos tremendos golpes
que el uno al otro se dieron,
que se quebraron las lanzas,
y ambos á dos caballeros
sobre el arzon de la silla
quedaron los dos de pechos:
meten mano á las espadas,
y como lobos sangrientos
se embisten segunda vez
dándose golpes muy recios
más de dos horas y media
duró el combate fiero.
Cansados de pelear,
mal heridos y sangrientos,
Fierabrás le pidió treguas
estas palabras diciendo:

paremos á descansar,
porque ningun caballero
tanto me duró delante,
ni ha fatigado mi esfuerzo
ninguno en aqueste mundo
sino tú, mas yo no creo
que seas el que me dices,
sino un genio del infierno.
Así quiero que me aclares,
palabra de juramento,
por aquel Dios que veneras
y aquella que está en el cielo,
que me digas la verdad;
y le respondió Oliveros:
Pagano, quién te enseñó
con tal modo y tanto acierto
á conjurar los cristianos
que no se nieguen á ello?
Sabrás por cierta verdad
que soy el conde Oliveros.
Fierabrás le dice: amigo,
me alegro de conoceros,
y perdona los desaires
que te hice de primero.
Dejemos en este estado
este tratado primero,
que en otra segunda parte
se dirán otros sucesos.

SEGUNDA PARTE.

Prosigue el tenaz combate entre el valeroso Oliveros y su contrario el esforzado Fierabrás.—Conversion de Fierabrás al cristianismo.

Ya en la primera parte
dije que los caballeros
se quedaron en el campo
mal heridos y sangrientos,
y despues de descansar,
Fierabrás dijo á Oliveros:
has de saber, noble conde,
que he estimado el conoceros;
y ahora si tú quisieras
hiciéramos un propuesto,
de que olvidáras tu ley,
y te vendrás á mi reino,
te casarás con mi hermana,
dama de virtud y aprecio,
Floripes, bella princesa,
y mis padres de sus reinos
te darán parte de tierras:
tambien yo hiciera lo mesmo,
y que luego los dos juntos
entrásemos á ese imperio
á destronar Cárlo-Magno,
haciendo siempre el concepto
que todo lo conquistado
será para tí, y luego
te colocarán por rey
de este poderoso reino.
Oliveros dijo: amigo,
no me platiques en eso;
cómo quieres que yo olvide
á un Dios tan sábio y bueno,
que con su grande poder
crió la tierra y el cielo,
aves, plantas y animales,
y todo cuanto hay terréneo,
para adorar á tus dioses,
que son falsos á más serlo,
inventados por los hombres?
mejor será y más perfecto
que tú te vuelvas cristiano,
y serás mi compañero
para defender la Fé
de Cristo, Redentor nuestro.
Fierabrás dijo: eso no;
y se retiró un momento
por sacar unos licores,
y tomando un sorbo de ellos,

al instante se halló sano;
y esto que vió Oliveros,
á la purísima Virgen
esta súplica la ha hecho:
«Sacra celestial Princesa,
María Madre del Verbo,
á vuestras divinas plantas
hoy humildemente llego,
pidiéndote, Madre mia,
me des luz, favor y acierto
para poder convertir
á este turco soberbio.»
Fierabrás le dice: amigo;
qué oracion es la que has hecho?
con ella te has de sanar?
hoy por merced te ofrezco
que vengas á mis barriles
tomarás un sorbo de ellos,
y al instante estarás sano;
y le respondió diciendo:
no quiero yo nada tuyo,
si no lo gano primero.
Volvieron á la batalla
como dos leones fieros;
pero Guarin su criado,
que todo lo estaba viendo,
fué á decir á Cárlo-Magno
ruegue á Dios por Oliveros,
que está en grande peligro.
El emperador con celo,
ante un divino Señor
dijo de rodillas puesto:
«Dulce Jesús de mi vida,
amantísimo Cordero,
consuelo del afligido,
mirad por mi caballero.»
Y estando en esta plegaria,
oyó que una voz del cielo
le decia: «Cárlo-Magno,
no tengas temor ni miedo;
porque, aunque sea costoso,
será tuyo el vencimiento.»
Volvamos ahora al campo
donde están los caballeros
con las armas destrozadas,
desbaratados los yelmos,
las viseras quebrantadas,
los escudos por el suelo;
pero en tal disposicion
el esforzado Oliveros
le dió á Fierabrás un golpe
sobre el costado izquierdo,
que parte de la armadura
la hizo venir al suelo,
y desde el hombro á la ijada
todo quedó descubierto;
y rebatiendo la espada
cortó la cadena luego
que colgaban los barriles,
y ambos vinieron al suelo:
pero al golpe que pegaron
se desvió el caballo huyendo
por el campo, sin que pueda
el musulman contenerlo.
Oliveros que esto vió,
recogió pronto y ligero
entrambos á dos barriles,
y tomando un sorbo de ellos
se halló sano de sus llagas,
y con gran valor y esfuerzo;
en el caudaloso rio
que estaba junto á ellos,
fué y arrojó los barriles
y en el fondo se hundieron
Fierabrás cuando lo vió,
lleno de rábia y veneno,
le dice: muy noble conde,
mala accion es la que has hecho,
que presto te han de hacer falta;
y alzando el brazo soberbio
para ir á descargarle,
le hurtó vigilante el cuerpo,
dió en el arzon de la silla,
y rebatiendo al pescuezo
del caballo, le dió muerte:
con que quedó á pié Oliveros,

diciendo: mira, africano,
no es de nobles caballeros
dar muerte á los caballos
estando en campaña puestos.
Le respondió arrogante:
yo de eso culpa no tengo:
pero yo te daré el mio,
aunque en verdad lo siento.
No quiero yo tu caballo,
sino que te apées luego,
y el que venza la batalla,
ese quedará por dueño.
Se desmontó Fierabrás
y ambos á dos en el suelo
arman tan cruel batalla
que parecía un incendio,
pues las chispas de las armas
querian llegar al cielo;
pero á los primeros lances
el valeroso Oliveros,
va á tirarle un gran golpe
á Fierabrás con esfuerzo;
mas él así que lo vió,
le hulló diestramente el cuerpo,
y sin poder detenerse
dió con la espada en el suelo
y se le fué de la mano;
así que le vió indefenso
le dice el muy noble conde:
contémplate prisionero
ó te quitaré la vida;
y le respondió ligero:
obra como tú quisieres,
que si no me llevas muerto
no es posible el entregarme;
y alzando el brazo soberbio
para ir á descargarle,
cuando en este mismo tiempo,
con un pedazo de escudo
que en la mano cogió presto,
se lo tiró con tal fuerza
é hizo el tiro tan cierto,
que le quebró la visera,
y sobre el ojo izquierdo
le metió toda la punta,
y pegó un grito tan fiero
que el caballo se espantó
y á la parte de Oliveros
vino dando algunas vueltas,
y á él se arrojó ligero;
recobrado luego el moro,
se acercó el conde diciendo:
turco, ya tengo espada,
ahora aquí nos veremos.
Fierabrás le dice: amigo,
mucho en el alma lo siento
ven y tomarás la tuya,
y dame la mia en premio;
—primero quiero templarla
por ver si es fuerte el acero,
y si no es como la mia
luego despues trocaremos.
Se embisten el uno al otro,
pero á los lances primeros
le dió á Fierabrás un golpe
que le cortó todo el yelmo
y parte de la cabeza,
que andaba como sin tiento:
le asestó otra estocada
por el costado izquierdo,
cayó el musulman en tierra
estas palabras diciendo:
¡Oh valeroso cristiano!
pues sin segundo es tu esfuerzo,
no me acabes de matar,
que desde ahora confieso
que es tu Dios muy poderoso,
infinito y verdadero;
llévame presto, cristiano,
donde están tus compañeros,
y dame el santo Bautismo
que por instantes deseo.
Apenas aquesto oyó,
á él se arrojó diciendo:
levántate, noble amigo,
que ahora curarte quiero

las dos mortales heridas,
que Dios te dará el remedio.
Y Fierabrás le responde:
no dilates mucho tiempo,
que tengo doce mil hombres
en ese monte encubiertos;
lo atravesó en el caballo
y montó á las ancas luego,
y á pocos pasos que anduvo
reparó y vió que salieron
os que estaban en el monte;
iba delante un guerrero,
para librar su señor
viene más veloz que el viento
Oliveros dijo: amigo,
mucho en el alma lo siento
el no poderte llevar
donde están mis compañeros;
que viene toda tu gente
y nos corre grande riesgo;
por la breña se metió,
y en un arbolado espeso
lo dejó bien al abrigo
entre quejas y lamentos;
y volviéndose al camino
vió venir al caballero
bien adelante de todos
determinado y soberbio;
como no tenia lanza
quiso aguardarle en el suelo;
se desmontó del caballo,
el turco siguió su ejemplo,
y al tiempo de ir á darle
pegó un bote Oliveros,
que se metió por debajo
y lo agarró del pescuezo,
y quitándole la lanza
tomó el escudo y el yelmo,
que es lo que falta le hacia,
y por despacharlo presto,
con el pomo de la espada
le pegó un golpe tan recio
encima de la cabeza,
que le hizo saltar los sesos:
se montó ligeramente,
llegó la tropa á este tiempo,
se entró por medio de todos
sin el temor de los riesgos;
á unos hiere, á otros mata,
á otros derriba en el suelo,
y como es tanta la gente
me lo cercaron en medio,
dándole algunas heridas
lo llevaron prisionero.
Fué la nueva á Cárlo-Magno,
el cual acudió ligero
con la gente que tenia
á socorrer á Oliveros;
se armó tan cruel batalla,
que los once caballeros
andaban por aquel campo
como lobos carniceros,
de doce mil enemigos
no dejaron ochocientos;
á este tiempo el almirante
se presenta con más gente;
pero viendo don Roldan
que les ha entrado refuerzo,
mandó recoger su gente
para unir los caballeros,
pero al tiempo de juntarse
apresaron cinco de ellos,
y se ponen en huida
con esta presa que hicieron.
En esto que Cárlo-Magno
mandó recoger sus muertos,
se encontró con Fierabrás
muy mal herido y sangriento:
lleváronlo á Montmionda,
y dentro de poco tiempo
con bebidas y reparos
pronto le restablecieron;
pidió que le bautizasen
con grande fervor y celo:
dieron cuenta al arzobispo,
y en la iglesia de San Pedro

bautizan á Fierabrás;
donde sus padrinos fueron
el valeroso Roldan
y el buen padre de Oliveros;
siguieron su curacion,
y así que se vido bueno,
era azote de Turquía,
y castigo de protervos;
porque en todas las batallas
llevaba por compañero
al caballero Roldan
mostrando muy bien su esfuerzo.
Ahora en la tercera parte
se dirá lo que sufrieron
los cinco Pares de Francia
que quedaron prisioneros.

TERCERA PARTE.

La princesa Floripes presta su apoyo á los ilustres prisioneros.—Embajadas por una y otra parte para el cange de los prisioneros.

Muy pronto los presentaron
á los cinco caballeros
delante del almirante,
que encolerizado y fiero,
sabiendo de que su hijo
era herido y prisionero,
los encerró en una torre
orilla del mar soberbio,
y cada vez que crecia,
hasta la mitad del cuerpo
todos se cubrian de agua;
y el buen conde de Oliveros,
viéndose en tan gran fatiga,
esclamaba lastimero:
¡ah desdichado de mí,
que de esta suerte me veo!
¡hombre mal afortunado!
Si permitiesen los Cielos
que yo saliera de aquí,
desde luego les prometo,
á los que niegan la Fé
castigarles con mi acero.
Y la hermosa Floripes
que todo lo estaba oyendo,
movida de caridad,
estaba hirviendo en su pecho
de amor á Guy de Borgoña,
desde que vió en los torneos
aquel cuerpo tan bizarro,
tan valiente y tan discreto,
que venció á muchos que habia
en la palestra, y con esto
la princesa se abrasaba
en llamas del dios flechero,
y por ver si entre ellos iba,
llamó luego al carcelero,
y le dice: Brutamonte,
dime, ¿qué hombres son esos?
El la responde: señora,
estos cinco caballeros,
son Pares de Cárlo-Magno,
y grandes contrarios nuestros.
La princesa le responde:
yo pienso bajar á verlos.
—Por dos cosas no conviene
que consigais vuestro intento:
porque es lugar hediondo,
y abominable en extremo,
y además que vuestro padre
me los entregó diciendo:
bajo pena de la vida
que nadie hablare con ellos,
y fiarse de mugeres
suele traer malos riesgos.
—Quítate de mi presencia,
que eres ignorante y necio:
tú tambien irás conmigo,
y escucharás lo que hablemos.

Al fin cedió, y á la noche,
amparados del silencio,
fué la princesa á la torre
seguida de su escudero,
y entre el vestido llevaba
oculto un palo bien recio;
llegó al sitio señalado,
y al tiempo que el carcelero
fué abrir la primer puerta,
le pegó un golpe tan recio
con el palo que llevaba,
que á sus pies le dejó muerto;
se apoderó de las llaves,
y luego la trampa abriendo
entró do están los cristianos;
gozosos cuando la vieron,
dijo Oliveros: señora,
qué grande dicha tenemos
los pobres encarcelados,
pues nos sirve de consuelo
tu inesperada visita;
ella respondió diciendo:
¿quién sabe si mi venida
es para daros tormento?
Dijo Oliveros: señora,
en tan generoso pecho
no puede caber maldad,
sino buenos sentimientos:
bendito el que te crió
tan bellísimo portento.
Si mereciera, señora,
el poder lograr mi intento,
que te volvieras cristiana,
yo te llevara á mi reino,
recibieras el Bautismo,
que es una joya sin precio,
y estuvieras con tu hermano
con gran placer y contento;
y si lográra la dicha,
yo y mis cuatro compañeros,
de hallarnos bien armados
y con buenos alimentos,
los cinco somos bastantes
para conquistar tu reino
y desterrar de esa tierra
el culto falso y protervo.
—¿Quién eres tú, que así hablas
determinado y resuelto
metido entre las prisiones,
que amenazas á los sueltos?
Respondió Oger de Danois:
Señora, es tanto el deseo
y voluntad de serviros
de mi amigo, que entiendo,
que la muy grande pasion
le hace hablar sin concierto.
Dijo Floripes: bien sabes
defender tu compañero.
Les preguntó por sus nombres.
—Yo soy el conde Oliveros,
hijo del duque Reiner
y humilde servidor vuestro.
—¿Cómo venciste á mi hermano
siendo tan buen caballero?
—Con la ayuda de mi Dios,
y la Reina de los cielos,
y esa es la causa, señora,
de hallarme prisionero,
y lo tengo á grande dicha
por haber visto tu cielo.
Floripes se sonrió,
y les dice: caballeros,
me habeis de dar la palabra
bajo fé de juramento,
de ampararme y defenderme
y de guardarme el secreto;
sobre lo que soy venida
es por ver si un caballero
que llaman Guy de Borgoña
está en tu acompañamiento,
que habrá tres años cabales
que lo vide en los torneos,
y en las justas con mi primo
hacer valerosos hechos,
y desde entonces quedé
que no duermo ni sosiego

en pensar en su persona,
y si lograra mi intento
que quisiera ser mi esposo,
renunciara de mis reinos
y me volviera cristiana
por tener tan dulce dueño.
Dijo Oliveros: señora,
ese noble caballero
se quedó con Cárlo-Magno,
mas no os dé cuidado eso,
porque es muy amigo mio
y mi más cercano deudo,
y hará cuanto yo le mande
y cumpla á vuestros deseos.
Floripes se despidió,
—quedaos en paz, caballeros,
que antes que amenezca el dia
os sacaré de este encierro.
Partióse luego á su cuarto,
donde previno al momento
á cinco damas hermosas
que asistan los caballeros,
y todas seis en cuadrilla
hácia la mazmorra fueron,
y una cuerda de diez varas
se la echaron á Oliveros,
y entre las seis lo sacaron;
luego con grande esfuerzo
él sacó á los otros cuatro,
y así que fuera se vieron,
á cada uno les puso
un vestido de turquesco;
los llevó para su sala,
y dijo al conde Oliveros:
muy bien os cae el vestido,
y la respondió muy sério:
el hábito no hace al monge:
lo mejor fuera y más cierto
el hallarme bien armado,
para poder defendernos.
Cenaron con apetito,
y la princesa á este tiempo
sacó un cofrecillo de oro,
y dió á gustar á Oliveros
un cordial tan suave
el cual que envió al desierto
Dios al pueblo de Israel,
y al instante se halló bueno;
dando mil gracias á Dios
quedaron los caballeros,
y así que amaneció el dia
fué la princesa á Oliveros
diciéndole, que tenia
en otro salon de adentro
grande porcion de vestidos,
cotas y mallas de acero,
y muy cortantes espadas
para armarles caballeros,
y cada cual en su cuarto
que se ponga los pertrechos.
Dejemos aquí á Floripes
con los cinco caballeros,
y vamos al almirante
que hizo venir al momento
diez reyes sus tributarios
para que lleven un pliego
donde estaba Cárlo-Magno,
pidiéndole con imperio
que le diese á Fierabrás
por sus cinco caballeros,
y que si no se lo envía
les dará la muerte fiero.
A este tiempo Cárlo-Magno
tambien tenia dispuesto
que saliese don Roldan
con otros seis compañeros
á llevarle la embajada
al almirante, diciendo:
que si no se le rendia
y daba los caballeros
que tenia allá en la torre,
que le hacia juramento
de quitarle la corona
y destruirle sus reinos.
Salen de una parte y otra
las embajadas á un tiempo

y en la mitad del camino
don Roldan vido á lo lejos
un escuadron que venia,
y partió á reconocerlos:
buen trecho se adelantó,
y ellos así que lo vieron
salió para recibirle
el que iba delantero:
le preguntó que quién era?
—Somos siete caballeros,
vasallos de Cárlo-Magno,
que pasamos con un pliego
al almirante Balán.
—No me es posible el creeros
y así entrégame las armas
y ríndete prisionero
que te prometo la vida.
Y le respondió resuelto:
¿cómo he de entregar las armas?
dirian mis compañeros
que no soy para llevarlas.
Y el africano soberbio
puso la mano en su lanza,
y Roldan como más diestro
al turco le guardó el golpe,
é hizo el suyo tan cierto,
que le sacó de la silla
y á sus piés le dejó muerto.
Los otros luego al instante
con furor le acometieron,
bizarro se defendia,
y cuando sus compañeros
llegaron para ayudarle
ya tenia siete muertos;
pero el príncipe de Túnez
pretendió escaparse huyendo,
y Ricarte de Normandía
salió para detenerlo,
mas se le perdió en el monte,
y volvió á sus compañeros;
mas viendo que ya tenian
sobre unos catorce muertos,
desgarretan los caballos
y en consulta se pusieron,
si irian á Cárlo-Magno
á dar cuenta del suceso.
Don Roldan dijo: señores,
¿qué dirán los caballeros,
que nos volvemos atrás
temerosos de los riesgos?
Llegaron por fin al puente,
y el duque Naimes, discreto,
engañó al gigante y dijo
como iban con un pliego
á entregar á Fierabrás
por los cinco caballeros.
El cual con esta noticia
les dió puerta franca luego:
llegaron hasta Aguas-Muertas,
y el almirante entendiendo
que vendria la embajada
por los cinco caballeros,
en cambio de Fierabrás,
mandó á su maestre luego
que los hospede en su casa,
á donde los dejaremos,
porque en la siguiente parte
daré de ellos cumplimiento.

CUARTA PARTE.

Amores de la princesa mora con Guy de Borgoña.—Manda el Almirante prender á los embajadores.—Insurreccion de los prisioneros de la torre.

Aquel príncipe de Túnez,
el que se escapó huyendo,
llegó, y dijo al almirante:
señor, siete caballeros
en la mitad del camino
nos salieron al encuentro,

y fueron tan valerosos,
que en muy breves momentos
á catorce dieron muerte:
pero yo escapé huyendo
fiado de mi caballo:
esta es la verdad por cierto,
que si habeis de castigarlos
mirad que no sean dueños
de poder usar de armas,
que si las toman es cierto
que no podrán sujetarlos
todo el poder del imperio.
El almirante que oyó
pronunciar aquestos ecos,
clamaba luego á sus dioses
llenándolos de improperios.
Llegó Sortibrán al punto
estas palabras diciendo:
Muy poderoso señor,
nuestros dioses son muy buenos,
pues han traido á la córte
á los que tan mal te han hecho:
antes que amanezca el dia
os los tengo de dar presos.
Mandó aprontar al instante
con gran recato y secreto
tres mil hombres bien armados.
Sortibrán y el rey se fueron
á la casa del maestre,
y entre los tres consiguieron
sorprenderlos sin las armas:
entró la tropa á ese tiempo,
y sin poder resistirse
los llevaron prisioneros
á donde está el almirante;
entró el primer caballero,
le preguntó que quién era,
y le respondió resuelto
diciendo: yo soy Roldan,
uno de los caballeros,
vasallos de Cárlo-Magno,
que venimos con un pliego
para traerlo á esta córte:
pero los enviados vuestros
en la mitad del camino,
poco corteses y atentos
intentaron desarmarnos,
y dentro de poco tiempo
dimos muerte hasta catorce,
y el otro se escapó huyendo;
aquí traigo las cabezas
por si no quereis creerlo.
—¿Qué diablo te envió acá?
—Quien te quitará tu reino
si no te haces cristiano
y entregas los caballeros
y las sagradas reliquias;
porque ha hecho juramento
de quitarte la corona
y destruir tu imperio.
—No llevarás la respuesta,
que dentro de breve tiempo
has de ser descuartizado
y por los caminos puesto.
Entró el segundo y le dice:
¿quién es este caballero?
—Soy Ricarte de Normandía.
—Me alegro de conoceros,
que ahora me pagarás
los agravios que me has hecho.
Entró el tercero, y pregunta:
¿quién eres tú? Y muy discreto
dice: soy Guy de Borgoña.
—Tambien tuve gran deseo
de pillarte en mi poder.
Y Guy respondió al momento:
si tuvieras buena sangre
ó fueras buen caballero
y te preciaras de noble,
no hicieras estos propuestos
de querer darnos la muerte
oprimidos y sujetos,
sino darnos nuestras armas,
prevenir todo tu reino,
y si acaso nos matasen
caro os costaria el duelo

Floripes que está escuchando
de su querido los ecos,
pronta se bajó á la torre,
y dice: conde Oliveros,
ya ha llegado la ocasion
de que mostreis vuestro esfuerzo
y me pagueis las finezas
que á vos y los compañeros
he hecho en aquesta torre;
que están siete caballeros,
entre ellos Guy de Borgoña,
dentro del palacio puestos
en presencia de mi padre,
que encolerizado y ciego
los ha sentenciado á muerte,
y tambien á vos con ellos;
yo pienso ir á palacio
á ver si puedo traerlos;
y si acaso no pudiese,
lo que yo os suplico y ruego
es que seais diligentes
en salir al desempeño.
Fué Floripes al instante
con gran cuidado y anhelo,
á su padre le pregunta:
quién son esos caballeros?
—Vasallos de Cárlo-Magno,
¿os que tengo gran deseo
lantesque concluya el dia
darles castigos muy fieros.
Florides dijo: señor,
no conviene que tan presto
ejecuteis el castigo,
sin darle vado al tiempo;
permitidme que los lleve
á donde los otros tengo.
Le concedió la licencia,
y Sortibrás á este tiempo
le dice: noble señor,
¿no habeis leido ejemplos
en las historias pasadas,
y podeis saber por cierto
que el fiarse de mugeres
suele traer grandes riesgos?
Floripes muy enojada
entre sí exclamó diciendo:
villano, lo pagarás,
hoy por mi fé te prometo
que te has de acordar de mí;
y llevándose los presos
donde los otros estaban
con grandísimo contento,
mandó al punto que se armasen
por si ocurriese algun riesgo;
se sentaron á la mesa
y todos juntos comieron,
poniendo por cabecera
al valeroso Oliveros
junto á la hermosa Floripes,
y luego al lado derecho
el noble Guy de Borgoña,
á quien le dijo Oliveros:
sabed, noble amigo,
que á vos solo os debemos
el que nos halleis con vida;
y el veros libre del riesgo
en que os habíais metido,
dareis agradecimientos
á la princesa Floripes,
que es nuestro amparo y remedio;
está tan apasionada
de vos, señor, y con esto
quiere volverse cristiana
para que seais su dueño;
y yo la he dado palabra,
con que es preciso el hacerlo.
Guy de Borgoña responde
diciendo: si no es más de eso,
desde el instante que ví
la hermosura de su cielo,
quedé rendido á sus plantas
y el corazon tan sujeto,
que mil vidas que tuviera
todas las pusiera á riesgo
por defender su persona
y sacarla de este reino.

sacó de su hermoso dedo
un anillo de esmeraldas
y se lo dió así diciendo:
sea esta prenda testigo
ahora y en todo tiempo.
Se dieron palabra y mano,
con todo formal empeño.
Llegó á este tiempo á palacio
un famoso caballero
sobrino del almirante,
y preguntando por ellos,
su tio le respondió:
entre cadenas y hierros
los tiene mi hija Floripes;
si quereis hablar con ellos
bajaos presto á la torre,
y lo ejecutó al momento;
halló la puerta cerrada,
y dió un empujon tan recio,
que quebró la cerradura
y el pestillo saltó luego;
abrió la puerta y entró,
y viendo á los caballeros
que estaban todos armados,
dice temblando de miedo:
no quisiera haber venido
por no hallarme en tanto riesgo:
se levantó el duque Naimes,
que es el más anciano de ellos,
y él procuró retirarse,
pero el duque en este tiempo
le pegó con gran valor
un porrazo tan certero
encima de la cabeza
que le hizo saltar los sesos.
Floripes cuando lo vido
tuvo gran placer en ello,
y le dice: señor duque,
no ha sido el golpe de viejo,
sino de jóven bizarro;
y él la respondió risueño:
pues otros vereis mayores

[illegible]
Floripes dijo: señores,
os dejo por un momento,
que mi padre está aguardando,
pues me tengo por muy cierto
que no ha de comer sin mí;
dentro breve rato vuelvo.
Fué Floripes al palacio,
y dió á su padre el pretesto,
que ella comer no quería,
que se hallaba mal dispuesto
su cuerpo, por la cuestion
de aquel falso caballero.
Preguntó por su sobrino
y le respondió diciendo:
allá abajo quedó hablando
con los otros caballeros.
Pues llega y dile que venga,
que se va pasando el tiempo.
Se despidió cuidadosa,
fué y dijo á los caballeros
si está todo prevenido
ó les falta algun pertrecho,
porque es llegada la hora
de que salgan de su encierro.
Salieron Roldan delante
y el valeroso Oliveros,
Ricarte y Guy de Borgoña,
seguian sus compañeros.
Mató Roldan al maestre,
y el valeroso Oliveros
dió la muerte al rey Coldé.
Guy de Borgoña á este tiempo,
subiendo á los corredores
mató varios caballeros
y los demás que allí habia,
todos se escapan huyendo.
Solo quedó el almirante,
que al oir tan grande estruendo,
salió en busca de los suyos
y en el campo se reunieron.
Viendo el padre de Floripes
tal desastre, esclama fiero:

¡maldicion contra mi hija,
que en tal estado me ha puesto!
Ya en palacio los Pares
recogen los bastimentos,
llevándolos á la torre,
donde recibidos fueron
de Floripes y las damas,
adonde los dejaremos,
porque en la siguiente parte
se continuará el suceso.

QUINTA PARTE.

Sálvase Guy de Borgoña de un grande apuro.—Combate en el puente de Mantible.—Paso por el puente del ejército cristiano.

Apenas el almirante
se vió libre de aquel riesgo,
hizo venir al instante
todas las tropas del reino
para que allí se juntasen,
con intencion de dar fuego
á la torre con Floripes
y sus doce compañeros;
mas pasados unos dias
hizo el almirante acuerdo,
de que Floripes tenia
un cinto ceñido al cuerpo,
que donde quiera que fuese
no faltaria alimento:
mandó llamar á Marpin,
que era encantador protervo,
y le dijo si podia
con gran cuidado y secreto,
ir á quitarle á Floripes
el cinto que tiene puesto:
se ofreció, y por la noche
trasformado en caballero
llegó al cuarto de Floripes,
y le atisbó el cinto luego
debajo de la almohada,
mas al quitarle los lienzos
con que se halla abrigada,
al mirar su hermoso seno
no pudo irse sin tocarla
en el carrillo izquierdo:
despertó despavorida:
Guy de Borgoña á este tiempo
que estaba de centinela,
acudió á los gritos luego,
y apenas llegó á la puerta,
vió á un hombre salir huyendo;
lo coge de la cintura,
y le hizo saltar los sesos
contra el umbral de la puerta,
y á la mar le arrojó luego:
en este tiempo Floripes
ha echado el cinto de menos;
los caballeros cristianos
la consolaban diciendo:
no os dé cuidado, señora,
que estando Dios de por medio
no os puede faltar nada.
Pero el almirante viendo
de que Marpin no venia,
sospechó le habrian muerto.
Cercaron toda la torre,
y los doce caballeros
con mucho brio y coraje
luego al instante salieron;
hicieron tan gran destrozo
que la sangre de los muertos
corria por aquel campo
como cuando está lloviendo;
tomaron del enemigo
la provision, y trajeron
diez acémilas cargadas
de vituallas, y camellos
cargados de pan y vino
más de catorce cogieron;

llevándolos á la torre,
pero el noble caballero
llamado Guy de Borgoña
se quedó envuelto entre ellos;
y reparando Floripes
que faltaba un caballero,
y el valeroso Roldan
que tambien lo echó de menos,
volvieron para buscarlo,
mas ya estaba prisionero
en poder del almirante,
quien mandó luego al momento
que pusieran una horca
á vista del campamento;
ejecutáronlo al punto
con algazara y estruendo:
sacan á Guy de Borgoña
dándole golpes muy recios,
tirándole muchas piedras
desde el grande hasta el pequeño;
reparó Ricarte, y vió
que iba su compañero
llegando al pié de la horca,
y luego le van subiendo;
se partió luego al instante
con dos de sus compañeros,
se llegó hasta la horca,
y con su cortante acero
cortó la soga, y le dió
al que le estaba subiendo
tan gran golpe en la cabeza,
que lo derribó al suelo;
arman á Guy de Borgoña
con armas que allí cogieron,
y así que se vió armado,
eran sus golpes tan ciertos,
que siempre buscando iba
los más peligrosos puestos.
Les ganaron á Aguas-Muertas,
y el almirante huyendo
se retiró á otra ciudad,
á dos leguas poco menos;
los caballeros cristianos
recogieron los pertrechos,
y volviéndose á la torre
con vivas los recibieron,
y á la princesa Floripes
le entregaron su dueño.
Don Roldan dijo: señores,
uno de los caballeros
es menester que se vaya
con gran cuidado y secreto
á dar parte á Cárlo-Magno,
que nos envíe refuerzo.
Ricarte dijo: señores,
el ir solo bien me atrevo,
que sé muy bien el camino;
tan solo al puente le temo,
pero al fin yo daré traza
á ver si pasarlo puedo;
se despidió diligente,
y tomó el camino luego;
ya que iba algo distante,
oye que con gritos fieros
del campo del almirante
pronunciaban estos ecos:
aquel que va á Cárlo-Magno
prenderle luego al momento.
El rey Clarion que estaba
observándolo soberbio,
dice: yo solo he de ir
y lo daré vivo ó muerto;
lo alcanzó en un breve rato
y le dice con denuedo:
dí, villano, dónde vas,
ríndete aquí prisionero
ó te quitaré la vida.
Ricarte dijo severo:
á bien que solos estamos,
ahora aquí nos veremos.
Metieron mano á sus lanzas
dándose recios encuentros,
pero de allí á poco rato
Ricarte logró su intento,
lo derribó de la silla,
y así que lo vió en el suelo

la cabeza le cortó,
dando mil gracias al cielo;
y viendo que su caballo
era tan hermoso y bueno,
montó en él luego al instante,
dejándose el suyo suelto,
el cual se volvió á la torre,
y viendo los caballeros
el caballo de Ricarte
tuvieron gran sentimiento,
que juzgaron que el ginete
seria en el campo muerto;
llegó al fin Ricarte al rio,
y viéndolo tan soberbio,
se detuvo en su ribera
devota oracion haciendo
á Dios Todopoderoso:
vió venir un blanco ciervo
de la otra parte del rio,
y asió al caballo del diestro
poniéndole al otro lado:
¡oh qué admirable misterio!
Salió corriendo el gigante
por ver si puede prenderlo,
mas Ricarte en su caballo
iba más veloz que el viento;
se presentó á Cárlo-Magno,
quien regocijado al verlo,
preguntó por sus varones,
y le contestó resuelto,
quedaban dentro una torre
muy escasos de alimentos,
y la princesa Floripes
tambien estaba con ellos,
porque quiere ser cristiana:
se dispuso que al momento
se preparasen las tropas
para ir á socorrerlos.
Pero Ricarte advirtió
lo difícil del empeño,
que era pasar el puente,
si no se arbitraba un medio;
y dijo: dadme licencia,
con cincuenta caballeros,
que cubriendo nuestras armas,
como que vamos al reino
á lle ar mercaderías,
conseguir así podremos
que el gigante ceda e paso,
y despues que estemos dentro
meter mano á nuestras armas
y solt r las capas diestros.
Lo hicieron como l dijo,
y aquella noche salieron
más de treinta mil infantes
y cerca seis mil anceros,
cosa de un cuarto de legua
del puente se escondieron,
y unos cincuenta marcharon
hasta el mismo puente, y luego
salió el gigante y les dice:
que quién son; y respondieron:
somos unos mercaderes
que pasamos para el reino
del almirante Balán;
y el tributo le traemos
que se paga en este puente.
Dijo el gigante: es entero;
por cada uno un marco de oro
me habeis de dar, y con esto
pasareis por este puente
sin que os venga ningun riesgo.
Respondió el duque Reiner:
abre, te entregarás de ello.
Abrió el gigante la puerta,
y Ricarte muy resuelto,
avanzó con sus parciales,
soltando las capas diestros,
desenvainan las espadas,
y el gigante muy soberbio,
viendo que le han engañado
alzó una porra de hierro
para matar sus contrarios,
pero Ricarte muy diestro,
con una recia estocada
hizo medir el suelo.

Cárlo-Magno que ya estaba
prevenido, acudió presto;
ganaron por fin el puente,
y al gigante muerte dieron
Cárlo Magno y Fierabrás
ven otro gigante puesto
que llamaban Anteon,
con una barra de hierro,
que en altas voces decia
con enfurecidos ecos:
venga acá ese Cárlo-Magno
y todos sus compañeros,
que tienen el paso franco,
vengan, que aquí los espero.
Quiso embestir Cárlo-Magno
y Fierabrás á este tiempo
llegó y dijo: gran señor,
esto le toca á mi empeño;
y se fué hácia el gigante
que alzó la barra ligero,
pero diestro Fierabrás
le pegó un golpe tan fiero,
que le cortó entrambos brazos
cayéndoseles al suelo,
y con otra cuchillada
que le cortó todo el yelmo,
la cabeza le hundió
aplastándole los sesos.
Se apoderaron del campo
tocando el parche á degüello,
unos se tiran al rio,
otros se escapan huyendo
á dar cuenta al almirante.
Adonde los dejaremos,
que en la otra parte que sigue
á mi auditorio prometo,
referir del almirante
la vida, fin y sucesos.

SEXTA PARTE.

Combate parcial de Cárlo-Magno.—Apresamiento y muerte del almirante.—Regresa Cárlo-Magno á Francia.

Supuesto que prometí
á mi auditorio discreto
el proseguir con la historia,
escuchadme un rato atentos.
Ya dije que Cárlo-Magno
invadió el campamento,
se apoderó de los tesoros;
mas no se apropió de ellos,
que los repartió á sus tropas
porque cobren más aliento:
pero aquella misma noche
estando el campo en silencio,
la giganta Damiela,
por vengar su esposo muerto,
salió con una bisarma,
llena de rábia y veneno,
los sorprendió descuidados
degolló más de doscientos,
y por suerte Fierabrás,
que una honda de vaquero
tomó, y poniendo una piedra
le hizo el tiro tan cierto,
que el brazo con la bisarma
se lo separó del cuerpo;
cayó la giganta en tierra,
y allí la muerte le dieron,
y registrando la cueva,
en ella hallaron durmiendo
dos niños de cuatro meses
de ocho palmos y medio;
los bautizó Cárlo-Magno,
poniendo al uno Oliveros
y al otro puso Roldan,
pero luego se murieron.
Volvamos al almirante,
que cuando supo de cierto

que habian ganado el puente
y son sus gigantes muertos,
maldice á todos sus dioses;
lleno de rabia y veneno
los hizo dos mil pedazos.
Sortibrán llegó á este tiempo
diciendo: noble señor,
qué haceis? que eso no es bueno,
pedid perdon de la injuria
á nuestros dioses, que es cierto
los habremos menester
por ver si acaso podemos
apresar á Cárlo-Magno
dándole castigo fiero;
y á ruego de Sortibrán
les pidió perdon, diciendo,
que adornaria su templo
del oro más fino y terso;
y así el ídolo encantado
que tiene un mágico dentro
de la cabeza, responde
con estos fingidos ecos:
yo te perdono, y así
preven tu gente al momento,
que has de vencer en batalla,
y de todo serás dueño.
Apenas aquesto oyó,
dispuso luego al momento
se apresten tres divisiones;
va el rey Turbante primero,
el segundo Sortibrán,
y el rey Tempestre el tercero.
Cárlo-Magno que venia
ya con su acompañamiento,
le suplicó Fierabrás
estas palabras diciendo:
muy poderoso señor,
solo una merced te ruego,
qué publiques en tu real,
de que cualquier caballero
que se encuentre con mi padre
no le dé muerte, que quiero
ver si puedo convertirle.
Le dice: te lo concedo.
Fué nombrado Galalon,
para ir de mensajero
á donde está el almirante,
intimándole de nuevo,
si quiere hacerse cristiano
y entregar los caballeros
con las sagradas reliquias;
que se quedará en sus reinos
y se firmarán las paces
bajo el formal convenio.
Y le dijo el almirante:
no serás buen caballero
cuando tu señor te envía
con un mensage tan necio.
Galalon le respondió:
nosotros nunca podemos
negarnos á la obediencia;
y te aseguro por cierto,
si no abjuras tus errores
y te empeñas en ser terco,
tendrás por qué arrepentirte...
En esto un caballero
que está con el almirante
alzó la mano soberbio
para darle á Galalon;
pero él anduvo ligero,
y le pegó una lanzada
que le hizo caer muerto
á los pies del almirante,
y luego se escapó huyendo;
fué donde está Cárlo-Magno,
contándole este suceso;
mandó tocasen al arma
los timbales é instrumentos;
se presenta el rey Turbante
con su division soberbio;
se adelanta hácia el real
en altas voces diciendo:
salga acá ese Cárlo-Magno,
y veremos los dos viejos
cuál se lleva la victoria;
y Cárlo-Magno á este tiempo

tomó la espada y la lanza,
salió á la palestra luego.
Se embistieron los dos Martes
con tanto valor y esfuerzo,
que cada uno pretendia
llevar el lauro por premio:
pero viendo Cárlo-Magno
que no heria al caballero,
como era diestro en la lucha,
soltó la lanza en el suelo,
se cubrió bien con su escudo,
y á él se arrojó ligero,
le cogió por la cintura
y dió con él en el suelo,
cortándole la cabeza;
ambas tropas acudieron;
se armó tan cruel batalla
que dentro de breve tiempo
dieron muerte á Sortibrán
y al rey Tempestre el tercero;
de corage el almirante
viendo sus magnates muertos,
se entró por medio de todos
sin reparar en los riesgos;
acuchilló mucha gente,
mató muchos caballeros,
y el buen padre don Roldan
quiso salir al encuentro,
pero fué mala su suerte,
porque á los lances primeros
se le ha quebrado la espada
por cerca de los brazuelos,
y así que vió el almirante
que lo tenia indefenso
lo atravesó en su caballo,
y quiso escapar huyendo.
Fierabrás cuando lo vió
salió para detenerlo,
y se le puso delante
quitándole el caballero,
su padre le conoció,
estas palabras diciendo:
si acaso Fierabrás os
en los valerosos hechos?
Dijo que sí, y muy humilde,
empezó á rogarle tierno
que se volviese cristiano
y creyese en Dios inmenso.
El padre le respondió:
¡oh, nunca hubieras nacido
para no darme tormentos!
Tú vives muy engañado,
y en tí gran venganza espero;
y Fierabrás á este tiempo
por no reñir con su padre
se tiró á otros caballeros.
Los que estaban en la torre
en este tiempo salieron,
acuden á la batalla,
y los pillaron en medio;
en fin, ganaron el campo,
y al almirante prendieron,
llevándolo á Cárlo-Magno,
mandando luego al momento
que lo encierren en una sala
con otros seis caballeros
cuiden de su persona
y le den buen tratamiento.
Vino á la noche Floripes
con Fierabrás y muy tiernos
y humildes le suplicaban
que creyese en Dios eterno,
y el fementino almirante
fingiendo arrepentimiento
dijo queria ser cristiano,
y quedaron muy contentos;
á otro dia de mañana
tranquilos y satisfechos,
á la Iglesia lo llevaron
entre muchos caballeros.
Vino el señor arzobispo
dándole buenos consejos,
pero en lugar de escucharlo
levantó el brazo soberbio,
se abalanzó el arzobispo
llenándole de improperios;

Fierabrás dijo á su padre
con muy doloridos ecos:
dulce padre de mi vida,
deja esos ídolos fieros,
recibe el santo bautismo
y tendrás parte en el Cielo.
Respondió muy enojado:
en balde es cansarte, necio,
que mejor quiero morir
que no olvidar los preceptos
de mi profeta Mahoma,
que son muy santos y buenos;
pero viendo Cárlo-Magno
que se hallaba tan protervo,
mandó luego á los soldados
que al campo lo saquen, fieros,
y allí le diesen la muerte,
pues no tiene otro remedio.
En fin, murió el almirante,
y publican en el reino
que el que quiera convertirse
acudiese sin recelo.
Más de doscientas mil almas
á nuestra ley se volvieron.
Bautizaron á Floripes,
uniéndose en lazo estrecho
con su fiel Guy de Borgoña
dando mil gracias al Cielo,
Allí estuvo Cárlo-Magno
ocupado con gran celo
en cuidar de sus vasallos:
hizo dos partes del Reino;
una le dió á Fierabrás
para que quede por dueño,
la otra á Guy de Borgoña,
y quedaron muy contentos.
Se despidió Cárlo-Magno;
pero aquí atienda el discreto,
que no puedo yo explicar
el dolor y sentimiento
que recibió Fierabrás
al dejar su compañero,
que era el noble Roldan
siendo dos almas y un cuerpo,
y tambien Guy de Borgoña
de su pariente Oliveros,
con que tiernos se despiden,
y para Francia se fueron.
Dejemos á Cárlo-Magno
sosegado ya en su reino,
despues de tantas fatigas
y en otra parte prometo
referir á mis oyentes
los soberanos misterios
que le reveló Santiago
por disposicion del Cielo.

SÉTIMA PARTE.

Aparicion del apóstol Santiago.—Conquista de Galicia.—Combate de Roldan con Ferraguz.—Hallazgo del cuerpo de Santiago.

Ya dije que Cárlo-Magno
con sus valientes guerreros
se marcharon para Francia
satisfechos y contentos,
porque habian conquistado
de Aguas-Muertas el reino;
pero estando en su palacio
una noche miró al cielo,
y vió un concierto armonioso
de estrellas y de luceros
que cruzaban desde Italia,
la Gascuña y otros reinos
de Aragon y Cataluña,
y que iban prosiguiendo
hasta el reino de Galicia;
novedad causó en su pecho
y se puso en oracion,
alzó los ojos al Cielo

pidiéndole á Dios, quisiese
declararle aquel misterio:
reparó junto á su cama
un hombre de gran respeto
tan gallardo y tan bizarro
que daba contento el verlo,
y le dice á Cárlo-Magno:
dime, cuál es tu deseo?
Dijo: saber lo que encierra
aquel hermoso concierto
de estrellas tan refulgentes
en camino tan derecho.
—Sabrás que aqueste camino
te será un guia cierto
para llevarte á Galicia,
adonde hallarás mi cuerpo,
que está en poder de paganos,
y rescatándolo, te advierto
que has de hacer un santuario;
soy Santiago, y te espreso
que del Cebedeo soy hijo,
y tambien hermano á un tiempo
de San Juan Evangelista,
apóstoles del Supremo
Señor, que ese camino
te presenta hermoso y bello,
el cual á tí me envió
porque vayas con acierto
y hagas un templo en mi nombre,
que irán de todos los reinos
á ganar las indulgencias
y devotos jubileos,
en remision de pecados;
á los que con firme celo,
confesados y contritos
pidan perdon de sus yerros
y esto tiene de durar
hasta el fin del mundo, es cierto,
que el Señor me ha concedido
todos estos privilegios;
con esto queda con Dios;
y desapareció luego.
Cárlo-Magno se quedó
regocijado y contento.
Mandó apercibir su gente,
y tomó la marcha luego
para el reino de Galicia,
donde llegó en breve tiempo,
ganando muchos castillos,
villas, ciudades y pueblos:
con grandísimos trabajos
hallaron al santo cuerpo
de nuestro apóstol Santiago,
y luego con firme celo
mandó hiciesen una urna
hermosísima en estremo,
con muchas piedras preciosas
de grande valor y precio:
hicieron el santuario
los más hábiles maestros
de muy buena arquitectura:
y despues que estuvo hecho,
lo adornó suntuosamente
con muy buenos ornamentos,
cálices de oro y plata,
patenas y candeleros,
albas, casullas y paños
muy riquísimos y buenos;
lo dotó de muchas rentas
y tesoros de gran precio:
y todo finalizado,
puso un arzobispo luego:
canónigos veinticuatro,
con un arcediano entre ellos,
para que rija y gobierne
ese portentoso templo;
concluida ya la obra,
y todo muy bien dispuesto,
dió la vuelta para Francia;
pero en este mismo tiempo,
el almirante que estaba
en el lusitano reino,
pesaroso de la muerte
del rey Aygolante, y viendo
que habian ganado á Galicia
y amenazaban sus reinos,

llamó luego á Ferraguz,
que era un gigante soberbio,
el cual tenia de alto
sobre diez palmos y medio,
fuerza de cuarenta hombres
y muy fornido de cuerpo;
le entregó treinta mil hombres
para que salga con ellos
á dar guerra á Cárlo-Magno.
el cual salió al momento;
fué á la ciudad de Bagiére,
donde tiene su real puesto,
y le dijo á Cárlo-Magno
si quiere hacer un concierto
de que se haga un combate
brazo á brazo y cuerpo á cuerpo:
y Cárlo-Magno que estaba
fiado en sus caballeros,
le envió á Oger de Danois,
que era valiente en estremo;
el gigante que le vió
hácia él se fué muy fiero,
le cogió con traicion
y lo llevó á su real preso,
lo encerró en una torre,
y al campo volvió ligero:
viendo esto Cárlo-Magno
envió á Reinaldos presto,
hizo lo mismo con él
que con el otro primero;
fué Constantino de Roma
y lo agarró con esfuerzo,
lo llevó donde tenia
á los otros compañeros;
pesaroso Cárlo-Magno,
le envió dos caballeros
por ver si con ellos puede
lograr algo de su intento;
el gigante que los vió,
á ellos se fué ligero,
y como que nada hacia,
los asió á ambos á un tiempo,
y atados por las espaldas
los llevó á la torre presto.
Viendo esto Cárlo-Magno,
quedó admirado y suspenso
y sabiéndolo Roldan,
muy irritado y soberbio
fué á pedir á Cárlo-Magno,
con grande valor resuelto,
le c[illegible]n[illegible]diese licencia
para salir al empeño
con el gigante á batalla,
y se la concedió luego;
y armado de todas armas
en su caballo soberbio,
y con una gruesa lanza
salió al campo ligero;
fué donde estaba el gigante,
y así que le vió, risueño
fué para él vigilante,
y Roldan con gran esfuerzo
le dijo: toma tu lanza
y ven á batalla luego:
sin responderle palabra
se fué á Roldan como un trueno,
pero Roldan con la lanza
le dió tan terrible encuentro
que le desvió de sí;
mas el gigante volviendo,
arremetió con Roldan,
cogiéndole por el cuerpo,
y lo sacó de la silla,
llevándoselo ligero
para encerrarlo en la torre
con los otros caballeros:
viéndose Roldan llevar,
estribó con el pié recio
en las ancas del caballo,
y asió con las manos diestro
al gigante Ferraguz,
y entrambos á dos cayeron
en el suelo, y al instante
en pie firme se pusieron;
echan mano á las espadas
dándose golpes muy recios;

pelean toda la tarde
con mucho valor y esfuerzo,
sin que se reconociese
ventaja en ninguno de ellos;
con esto llegó la noche
tendiendo su manto negro,
dijo el gigante á Roldan:
ya es hora que descansemos,
y así que amanezca el dia
en este sitio te espero;
se fueron, y al otro dia
á la batalla volvieron,
pelearon fuertemente
como leones soberbios,
pero el gigante de pronto
le dijo: malo me siento,
es preciso suspender;
y se ha tendido en el suelo.
Roldan tomó un grueso canto
cuanto alzar pudo del suelo
y se lo puso debajo
de la cabeza, y con esto
estuvo con más descanso;
junto á él se sentó luego
mirándole atentamente
lo fornido de su cuerpo,
la brillantez de sus armas
y lo feroz de su gesto.
Volvió en sí en esto, y le dice
Roldan: he mirado atento,
Ferraguz, tu fortaleza,
y lo recio de tu cuerpo.
Respondió el gigante y dijo:
has de saber que yo tengo
fuerza de cuarenta hombres,
y ser herido ni muerto
no puede ser, si no es
por el ombligo, esto es cierto.
Tú eres cristiano, y quisiera
me dijeras, qué misterio
y qué ley es la que siguen
los cristianos verdaderos.
Y Roldan le respondió:
has de saber por muy cierto,
que es la ley de Jesucristo,
criador de tierra y Cielo;
padeció muerte y pasion
por librarnos del infierno.
Dijo Ferraguz: si quieres
de que hagamos un concierto
que la ley del vencedor
sea buena, esto es hecho;
y Roldan muy confiado
en Dios, y con firme celo
dijo que sí, y al instante
á la pelea volvieron;
se dieron muy grandes golpes
con mucho valor y esfuerzo,
vió el gigante que Roldan
le iba á dar un golpe recio,
y agachando la cabeza
lo agarró por el cuerpo,
y con grande violencia
lo ha derribado en el suelo;
Roldan que sacó un puñal
y con grandísimo esfuerzo
se lo metió por debajo
le hirió el ombligo recio:
y cuando se sintió herido
pegó un grito tan soberbio
que estremeció todo el campo
y los suyos acudieron;
tambien vino Cárlo-Magno
con todos sus caballeros,
se armó tan cruel batalla
que daba terror el verlo;
mataron á muchos moros;
y vió Roldan á este tiempo
que llevaban al gigante
la flor de los caballeros
á meterlo en la ciudad,
se fué á ellos como un trueno,
y acuchillando la escolta
se llevó al gigante luego;
le preguntó si queria,
con cariñosos afectos,

ser cristiano, porque goce
su alma del bien eterno,
dijo que no; y luego al punto
les mandó á los macheteros
le cortasen la cabeza,
porque sirva de escarmiento.
Se renovó la batalla,
la moruna gente huyendo
se meten en la ciudad,
y los cristianos tras ellos;
les ganaron la ciudad,
rescatan los caballeros
que estaban dentro la torre,
dándole gracias al Cielo
que les dió tantas victorias
contra enemigos tan fieros;
se volvieron para Francia
con muchísimo contento.
Y en la postrera parte
se dirá el fin que tuvieron.

OCTAVA Y ÚLTIMA PARTE.

Horrible traicion en Roncesvalles.—Muerte de los doce Pares.—Sentimiento de Cárlo-Magno.—Derrota de los moros.—Conclusion.

Ya dije que Cárlo-Magno
y todos sus compañeros
se volvieron para Francia
muy alegres y contentos,
dándole gracias á Dios,
á la Reina de los Cielos
y al apóstol Santiago
de haber sacado su cuerpo
de entre poder de paganos,
de haber fabricado el templo,
vencido tantas batallas
y ganado tantos reinos.
A este tiempo el almirante,
enfurecido, sabiendo
la muerte de Farraguz,
mandó que acudiesen luego
dos vireyes á palacio,
se presentaron muy presto
Marsilio y Belenguelos;
entregóseles al momento
ciento cincuenta mil hombres
porque saliesen con ellos,
á batir á Cárlo-Magno;
partieron luego al momento,
pero el emperador
informado por muy cierto,
que venian los vireyes
propuso luego al momento
de enviarles embajada,
y para esto, escogiendo
á Galalon entre todos
por lo sagaz y travieso,
atrevido y esforzado,
convino gustoso en ello
y le dice Cárlo-Magno:
vos, mi noble caballero,
os habemos elegido
para ir por mensajero
y digais á esos vireyes,
que de mi parte les ruego
que se conviertan cristianos,
siguiendo al Dios verdadero,
el cual crió cielo y tierra
y á nuestros padres primeros;
padeció muerte y pasion
por librarnos del infierno,
y que dejen á sus dioses,
que son falsos y perversos:
se despidió Galalon
muy contento y satisfecho,
cubierto de todas armas,
y en un caballo ligero
fué donde están los vireyes
y corteses lo recibieron.

es propuso la embajada,
á platicar se pusieron,
y en sus razones conocen
de que es venal caballero
y que por el interés
y codicia del dinero
haria cualquier traicion;
le propusieron su intento;
otorgó luego al instante
de vender sus compañeros,
y de entregar en sus manos
á los nobles caballeros.
Le dieron muchas riquezas
y joyas de grande precio;
dijeron que en Ronces-Valles
esperan los caballeros.
¡Oh hombre facineroso
y de malos pensamientos!
¡qué traicion tan alevosa
haces á tus compañeros!
Por la codicia vendió
Judas á su fiel Maestro
nuestro Señor Jesucristo
solo por treinta dineros.
Lucifer por la codicia
fué arrojado al infierno:
perdió Adan por la codicia
aquel Paraiso ameno:
y por la envidia Cain,
á su hermano mató fiero.
Tú por codicia y envidia
vendiste los caballeros,
mas no quedarás sin pago
por tu maldad, esto es cierto;
volvió al campo Galalon,
dió su respuesta diciendo,
que los vireyes querian
ser cristianos por muy cierto.
Cárlo-Magno se alegró,
y Galalon prosiguiendo
dando fin de su embajada,
dijo: quedaba dispuesto
que al campo de Ronces-Valles
salieran los caballeros,
y lleven cinco mil hombres
muy lucidos y dispuestos
á recibir los vireyes;
y se percibieron luego
bien armados y equipados
la flor de los caballeros.
Salieron con entusiasmo,
Roldan con aire guerrero,
todos cual más esforzados
se dirigen al encuentro.
¡Oh inocentes desdichados,
que no sabeis el veneno
que el traidor de Galalon
tiene encubierto en su pecho!
Pero quiso Dios premiarles
tantos trabajos y anhelos
como por su santa Fé
estos hombres padecieron,
con corona de martirio
que en este dia sufrieron.
Llegaron, en fin, al campo
de Ronces-Valles, y luego
salieron á recibirlos
veinte mil hombres completos,
bien armados y equipados;
pasaron los caballeros
sin que les dijesen nada;
más adelante salieron
otros cuarenta mil hombres,
y los cercaron en medio:
de tan vil estratagema,
ofendidos los guerreros,
como feroces leones,
muy valientes y soberbios,
rápidos se precipitan
esgrimiendo sus aceros;
mas son tantos los contrarios
que cargaron sobre ellos,
que al fin perdieron la vida
los ilustres caballeros.
Solo Roldan mal herido
cogió á un turco por el cuello,

y espada en mano le dijo:
muéstrame luego al momento
al virey Marsilio, ó bien
te he de cortar el pescuezo.
El turco le respondió
de esta manera diciendo:
mira muy atentamente
por todo este campo estenso,
y el de la visera verde,
caballo bayo, él es, cierto;
y dió á vuestro embajador
muchas joyas y dinero,
solo porque os enviase
á lo mismo que estais viendo.
Roldan que esto escuchó
como un leon soberbio,
se entró por medio de todos,
hasta que hubo descubierto
á su contrario, y de un golpe
le partió el hombro derecho
dejándole allí tendido;
pero viendo el caballero
que el aliento le faltaba,
retiróse á un monte, y luego
se tendió al pié de una peña
desmayado y sin aliento
con cuatro heridas mortales,
de esta manera diciendo:
Señor mio Jesucristo,
Dios y Hombre verdadero,
ten, Señor, misericordia
de aqueste tu caballero,
que por defender tu Fé
se ha visto en tantos aprietos;
hoy doy la vida por tí
solo, en este monte espeso.
Recibe, Señor, mi alma,
que goce de tí en el Cielo
de un eterno descanso,
pues aquí tanto padezco.
Luego cogió su espada,
de esta manera diciendo:
¡oh espada de gran valor,
la mejor que el hombre ha hecho!
¡cuánto tiempo me has servido!
¡á cuántos turcos has muerto!
y con tus cortantes filos
has partido tantos yelmos;
no quisiera te gozara
ninguno, y por eso quiero
en esta piedra quebrarte;
se levantó con esfuerzo,
la agarró con las dos manos,
y la dió golpes tan recios
contra la peña, hasta que
cansado la arrojó al suelo
sin que la espada se hiciera
mella ni señal de ello;
y viendo que no podia
quebrarla, tocó su cuerno
el que Cárlo-Magno oyó
y tambien dos caballeros
que escondidos en el monte,
temerosos se metieron;
eran Tierri y Valdomiros;
este llegó el primero
que es hermano de Roldan,
y viéndolo casi muerto
hizo un gran llanto por él;
dijo Roldan á este tiempo:
hermano, la sed me mata;
buscó agua, y no pudiendo
hallarla, fué á Cárlo-Magno
á dar cuenta del suceso:
luego llegó tambien Tierra,
lo miró Roldan atento,
le dijo: ¿qué miras, Tierra?
soy Roldan tu compañero,
el que dió muerte al gigante
tan feroz y tan soberbio,
el que en las recias batallas
cuidó de sus compañeros:
óyeme de confesion,
porque ya me estoy muriendo.
Confesó generalmente,
y alzó los ojos al Cielo,

dijo: en tus manos, Señor,
commendo spiritum meum;
y así finó el adalid
más esforzado y guerrero.
Dieron parte á Cárlo-Magno
de tan infausto suceso,
quien de corage irritado
venganza clamaba al Cielo.
Fué donde estaba Roldan,
y así que lo vido muerto
cayó desmayado en tierra
con el grande sentimiento;
y de que volvió en sí,
ha exclamado así diciendo:
sobrino del alma mia,
¡con cuánto dolor yo siento
despues de tantas hazañas
verte en este sitio muerto!
¿por qué te vas y me dejas?
¡ah! desconsolado viejo!
Espada de mi justicia,
pues tu arrogancia y esfuerzo
eran mi firme sosten
contra los turcos soberbios.
Los mártires te reciban,
y tengan por compañero;
goza de la eterna gloria
colocado allá en el Cielo,
y tu apreciada memoria
nos servirá de consuelo.
Mandó que lo levantaran,
y se lo llevaron luego;
siguió dando vuelta al campo
viendo los cristianos muertos,
y á Olivero lo hallaron
aspado en dos duros leños
puestos en forma de cruz,
y atravesándole el cuerpo
doce dardos penetrántes,
y de la planta al cabello
todo estaba desollado;
lo embalsamaron, y luego
con el de Roldan lo ponen
con muy grande sentimiento,
y á la córte se llevaron
estos respetables restos,
porque sirvan de memoria
en los venideros tiempos.
Conformado Cárlo-Magno
y pasado ya el tiempo,
juró esterminar la secta
de los moros, y sabiendo
que está su campo en un prado,
hácia ellos fué siguiendo;
les dió tan cruel batalla,
que en poco tiempo murieron
seis mil moros, y otros tantos
se ahogaron en el Ebro,
por librarse de las manos
de los bravos caballeros.
Cárlo-Magno se volvió
triunfante con sus trofeos
al campo de Ronces Valles,
y luego pesquisa haciendo
para saber del traidor,
y averiguando el hecho,
prendieron á Galalon;
mandó Cárlo-Magno luego
lo amarren á cuatro potros
muy feroces y soberbios,
y lo dividan en cuartos
porque sirva de escarmiento;
luego dieron sepultura
á los nobles caballeros
que habian muerto en batalla,
y despues tomó el acuerdo
de volverse para Francia
adonde puso su asiento.
Y ahora Juan José Lopez
pide perdon de sus yerros;
rogando á Dios que nos dé
su gracia, favor y acierto.

FIN DE LAS OCHO PARTES.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE CÁRLO-MAGNO,

SACADAS DE UN DOCUMENTO AUTÉNTICO.

Era hijo de Pipino, rey de Francia y de Alemania; nació en 742, en Saltzbourg, alta Baviera: tocáronle por muerte de su padre el Austria y la Neustria, con algunas provincias de la antigua Germania, y despues de fallecer su hermano Carloman fué reconocido por rey de toda la monarquía francesa. Sus primeras hazañas militares tuvieron lugar en las guerras contra los sajones; mientras estaba batiéndose con esta nacion imploraba la Italia su socorro. Didier, rey de los lombardos, acababa de apoderarse de nuevo de la ciudad de Rábena contra el papa Adriano. Cárlo-Magno volvió á su encuentro, le hizo prisionero, y se coronó emperador en Monza. Despues de esta conquista renovó Cárlo-Magno al pontífice la donacion de aquesta ciudad; y Adriano por gratitud le confirmó el patriciado de Roma, con el derecho de disponer acerca de la eleccion de los papas, y de ratificarla. Habia pasado á Italia para defender á Adriano, y pasó luego á España, restableciendo en Zaragoza á Ibanalarabí. Sitió á Pamplona y se apoderó del condado de Barcelona, pero despues de estas y otras muchas hazañas en que salió siempre victorioso, fué tambien derrotado en Ronces-Valles por los árabes y por los gascones; en aquella jornada perdió á su sobrino Rolando ó Roldan, tan célebre como se manifiesta en la presente historia.

Murió Cárlo-Magno en el año de 814, á los 71 años de su edad, el 47 de su reinado, el 14 de su coronacion: diéronle sepultura en Aix-la-Chapelle, vestido de penitente con los atributos de soberano.

El nombre de Cárlo-Magno resonó en todo el mundo, y fué aplaudido como guerrero y como legislador. Sus hijos fueron sus mejores súbditos, instrumentos de su poder, y modelos de obediencia. Defendió las libertades de la Iglesia, y las del estado llano contra la opresion de los magnates. Grande en sus designios, espedito en la ejecucion, puede decirse que nadie poseyó tan perfectamente el arte de hacer las cosas más importantes con facilidad, y las más difíciles con presteza. Recorria sin cesar sus vastos dominios, acudiendo siempre con oportunidad á donde era necesaria su presencia: tan pronto estaba en los Pirineos como en Alemania, y en Alemania como en Italia.

Era muy alto de cuerpo; tenia los ojos grandes y animados, rostro alegre y franco, nariz aguileña. El papa Pascual III le colocó en el número de los santos en 1453; y aun en el dia se celebra su festividad en algunas iglesias de Alemania.

FIN.